

oro. Tenía que ser cauto, aquella relación era del más fino cristal, hermoso pero frágil, muy frágil. Debía pues, andar con pies de plomo, un error significaría el final. Quién iba a decir que por andar de buena gente, de p...

Al regresar de comer, vivió las horas más largas de su vida, esperando la salida para ir en busca de algún teléfono público; en la oficina no había la privacidad requerida.

Depositó la moneda, escuchó muy quedo la señal de marcar. Sus dedos marcaron ágilmente su número más querido. Con el pulgar de la mano derecha tapó su oído libre para agudizar su sentido por la izquierda. El ruido de los camiones de pasajeros con sus acelerones, enfrenadas y rayadas, apenas le dejaron oír el sonido de las llamadas. Cuando percibió que descolgaron se apresuró a lanzar su discurso ensayado mil veces por la tarde. Se deshizo en súplicas. Atragantó frases explicativas. Se vació de palabras suavizadoras, piropos, promesas y juramentos. Depositó la otra moneda, continuó con su ardorosa arenga. Su estado alterado y el ruido infernal de la calle lo tenían fuera de sí.

Cuando hubo un momento de silencio, pudo escuchar el sonido intermitente de la comunicación cortada. ¡Qué impotencia! No cabe duda que colgar el teléfono es otra forma de cerrar el corazón.

1998  
Fora la Capilla  
Alfonso de L.  
Ma. Josefina Díaz Olivares

Ma. Josefina Díaz Olivares



oro. Tenía que ser cauto, aquella relación era del más fino cristal, hermoso pero frágil, muy frágil. Debía pues, andar con pies de plomo, un error significaría el final. Quién iba a decir que por andar de buena gente, de p...

Al regresar de comer, vivió las horas más largas de su vida, esperando la salida para ir en busca de algún teléfono público; en la oficina no había la privacidad requerida.

Depositó la moneda, escuchó muy quedo la señal de marcar. Sus dedos marcaban ágilmente su número más querido. Con el pulgar de la mano derecha tapó su oído libre para agudizar su sentido por la izquierda. El ruido de los camiones de pasajeros con sus acelerones, enfrenadas y rayadas, apenas le dejaron oír el sonido de las llamadas. Cuando percibió que descolgaron se apresuró a lanzar su discurso ensayado mil veces por la tarde. Se deshizo en súplicas. Atragantó frases explicativas. Se vació de palabras suavizadoras, piropos, promesas y juramentos. Depositó la otra moneda, continuó con su ardorosa arenga. Su estado alterado y el ruido infernal de la calle lo tenían fuera de sí.

Cuando hubo un momento de silencio, pudo escuchar el sonido intermitente de la comunicación cortada. ¡Qué impotencia! No cabe duda que colgar el teléfono es otra forma de cerrar el corazón.





## *Machetazo a caballo*

A la distancia se escuchaba el veloz galope de un caballo. Los campesinos platicaban plácida y tranquilamente afuera de la tienda de abarrotes de Don Pedro. Era la única tienda del pueblo y estaba situada frente a la plaza. Desde allí podían vigilar a las muchachas y a sus novios que paseaban en el kiosco. Eran hombres sencillos de pueblo, se sentaban en sillones de mimbre que cada uno sacaba de su casa; era costumbre reunirse a platicar en aquel lugar al regresar de sus diarias faenas del campo, así lo habían hecho sus padres y sus abuelos. Seguía oyéndose el galope, todos voltearon a observar la lejanía pero no alcanzaron a distinguir al galopante, todavía venía muy lejos. Los hombres volvieron a la conversación, mientras esperaban el llamado de las mujeres anunciándoles que la cena estaba servida; hasta ellos llegaban los apetitosos olores que salían de las casas: olores a gordas de harina que ya se cocían en los comales englobándose como sapos blancos; a salsa de tomate, cebolla y chile molcajetada y guisada en sartén de hierro; también olían el chorizo con huevo, el chicharrón con salsa verde y los frijolitos fritos con manteca de puerco; aquella mezcla de olores les hacía agua la boca, por los reflejos condicionados que se aceleraban con otros olores más sofisticados como el del café de olla, el té de hojas de naranjo o de zacate de limón. Todas las chimeneas humeaban alegremente.



El galope les volvía a llamar la atención y los hombres volteaban a ver el punto lejano y la polvareda que levantaba el caballo, todavía no podían distinguir al jinete.

Fuera del caballo, su galope y el jinete misterioso, nada interrumpía la paz de aquel pueblo de campesinos, quienes seguían platicando y burlándose, como lo hacían siempre, -por el simple hecho de divertirse- de Juanchito, el tonto del pueblo, quien pasaba frente a ellos, corriendo como liebre asustada, porque lo aturdían con sus gritos y silbidos, mientras comentaban, desfachatadamente, que aquel infeliz era el "hijo de todos", porque era hijo de la puta Pancha y todos habían tenido sus "queveres" con ella, allá en su casa, a la salida del pueblo.

Así pasaban aquellos hombres su tiempo libre, mofándose de todo el que se dejaba; entre broma y broma contaban historias, a veces nuevas, a veces las mismas de siempre.

Don Pedro contó por enésima vez la historia del perro negro y de la "relación" que encontraron unos trabajadores que habían llegado de San Luis para ayudarlos a recoger la siembra.-Vinieron hace mucho, pobres y desarraigados, con una mano atrás y otra adelante, acá llegaron a hacerse gentes -dijo el tendero- y dicen que ora son gente muy respetada y

muy rica allá en San Luis. Todo empezó aquella noche cuando se les apareció el perro negro dándole vueltas al mezquite, aquél que está por allá -decía Don Pedro, señalando hacia el camino por donde se acercaba el caballo.- Juvenal y Teodoro vieron que aparecía y desaparecía el perro detrás del árbol y Juvenal le dijo a Teodoro - pa mí que aquí hay una "relación", vamos al pueblo a traer las palas pa escarbar - y Teo respondió: -tengo miedo, a mí me han contado que las "relaciones" enterradas son del diablo. -No seas bruto - le dijo Juvenal -no estás viendo que es pa nosotros; esta "relación" debe tener aquí muchos años, a lo mejor desde antes de la revolución, acuérdate que la gente enterraba su dinero pa que no se lo quitaran los villistas o los otros de la bola, y qué casualidad que nadie del pueblo sabe que aquí se aparece este perro negro. -Teodoro ya no dijo nada, sólo movió la cabeza temblando de miedo. Luego llevaron palas, escarbaron y encontraron muchos jarrones de barro repletos de monedas de oro muy antiguas. -¿Y "daii"? - preguntó Santos para que siguiera contando. -"Daii" nada - dijo Don Pedro - luego se fueron y ni adiós dijeron. "Ojos que los vieron ir..."

Nabor volvía a enojarse cada vez que Don Pedro contaba la historia del perro negro. -¡Ora sí quedamos chulos!, tantos años de vivir en este pueblo que es de nosotros, aquí trabajamos como bestias pa mal comer, pa que vengan un par de "fuereños" a hacerse ricos con lo de uno, no hay derecho, esa



"relación" es nuestra, aunque no se nos haiga aparecido el perro negro, debemos exigirle justicia al gobernador.

Todos estaban molestos y discutiendo sobre la mejor forma de reclamar su dinero, cuando vieron que se acercaba el mulato veracruzano, quien vivía en el pueblo desde hacía muchos años. Aquel mulato negro, al igual que Juanchito era blanco... de las burlas de los campesinos y de sus hijos, porque siempre "andaba en la luna", decían ellos, cantando y bailando la canción del "Negro Zumbón": - " Ahi viene el negro zumbón, bailando alegre ballao, repica la tumba y llama a la mujer ...".

Casi a gritos, algunos de los campesinos le pidieron al mulato les contara la historia de por qué había huido de su natal Veracruz, y la razón por la que había llegado para quedarse en aquel pueblo norteño.

- Como toos ustede saben, allá en un bohío, cerca de Veracrú, había una negra muy "chévere", que se casó con un amigo que era bueno pa la tomaaa, luego que se ponía bien "zurumbo", le ponía caa azotaina a la negra que pa qué le cuento; un día, el amigo se queó dormío, sentao en un sillón de mimbre, como ete en que tú tas sentao, en la puerta de su cantón, entonces, la negra bárbara aquella, agarró un machete que tenía tra la puerta y se le dejó ir al amigo como caballo desbocao, y le cortó toíta la cabeza al cristiano; la autoridá la llevó presa, pero luegito la ejó

libre, toos eran testigo, toos la efendieron. Yo no era de aquel lugá, yo iba e paso y conocí a la *viúa negra* como allá la llamaban, y me enamoré como loquito, me contaron la historia y no la quise creé, era muy dulce mi negra pa sé una asesina macabra, y me casé con ea, y vivimo felice un tiempito, pero un mal día, tomé má de la cuenta, llegué a mi cantón hecho un macho bruto, azoté a la negra con toa el alma, sin razón viejo... sin razón... la negra epué corrió tra la puerta y sacó tamaño machete, lo levantó sobre su cabeza con sus negra mano y me dijo que no la volví a golpiá, porque aquel machete no era la última, ni sería la primera cabeza que cortaría... dende entonces, huí de mi lindo Veracrú y nunca volví p'allá, me fui lejo, lo má lejo que púe, y no guelvo allá, por mieo a mi negra linda, por mieo a su venganza, no vaya a cortame mi cabeza, la negra bragaa aquella. ¡Y depué con qué pienso! ¡Y depué con qué canto!

Como en ocasiones anteriores, los campesinos disfrutaron con el relato del negro, quien sin despedirse, simplemente se fue, cantando y bailando al son del "Negro Zumbón...", seguido de los niños que bailoteaban serpenteando detrás de él. La algarabía que armaron los campesinos al alejarse el mulato, fue interrumpida porque el caballo que se acercaba llamó más su atención, ahora sí distinguieron al jinete, era Ruperto, el gran mentiroso del pueblo, otro buen hombre a quien ellos también hacían objeto de sus burlas y sarcasmos. Llegó Ruperto todo polvoriento, asustado, descompuesto y desencajado, paró con